

dad de vino que iba medida o lo que había dado limpio cada tinaja.

Al llegar a veinte el corredor cantaba:

—Veinte y raya.

Si el trato era a la veintiuna, decía:

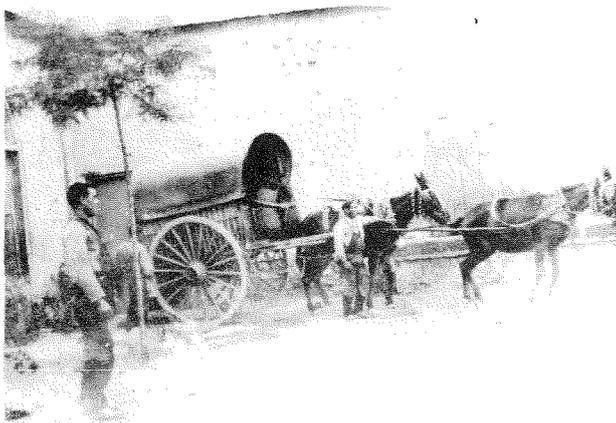
—Veinte y la suya.

Y echaba otra media haciendo la raya vertical.

La media era una unidad de medida y por lo tanto una vasija de media arroba justa de capacidad como indica su nombre, fuerte, hecha de cobre por los caldereros con un asa del mismo metal fija cerca de la boca, porque no tenía cuello, y a la panza, mediante clavos de calderero y sartenero, que eran tiras del mismo metal, laminado y enrollado en forma de cucurucho, introducidos en los taladros previamente practicados y remachados con firmeza sobre la bigornia.

Era como una gran olla, alta, fuerte y solemne, como una gran señora de medidas muy proporcionadas en su base y en su altura como puede verse en la magnífica fotografía del libro primero, donde la cuadrilla de los Campos, de las de más prestigio en la plaza, aparece fotografiada con todos los utensilios que usaban en sus tiempos y la media, que está en el suelo como merecía por su peso, la tiene cogida por el asa el Viejo padre, que está sentado orilla de ella. En la fotografía son también visibles dos embudos naturales, uno en la mano de Galfarro y otro bajo el brazo de Sebastián Lache que tiene el codo dentro de él como era usual al llevarlos de un sitio a otro.

Los pellejos se cargaban a mano, desde la bodega al carro y desde este al vagón. Generalmente lo hacían entre tres. El pellejo tendido en el suelo o muy inclinado era cogido por la boca con la mano izquierda del que le tocaba cargar, que extendía su brazo derecho por la panza del pellejo y otros dos se lo alzaban hasta el ijar aguantándolo hasta que se hacía con él y lo sacaba solo hasta el carro donde el carretero le echaba mano. A veces ponían debajo del pellejo una soga doble, con una tira abajo y otra un poco más arriba para ayudar a levantarlo y echárselo al porteador.



Terminado de cargar el carro de pellejos, ya sujetos por la zaga, el gañán arrea las mulas para llevarlos a la estación y el ayudaor contempla, todavía despatarrado, el temple con que las mulas se afianzan en el empedrado para hacer de arrancar el carro, sobre todo la del centro, porque se ven que son tres.

No era corriente que los carros de pellejos fueran entalamados y de no estarlo éste veríamos todo el carguío, pero no sale de una bodega cualquiera, sino de la muy sonada de Primitivo que caía largo de la estación y podía ser conveniente ampararlos de las lluvias. Los pellejos por delante llegan hasta las varas.